

II. Voces y experiencias situadas de incidencia y acción colectiva

Nosotras Sobrevivientes: entre-tenernos desde lo minúsculo. Una experiencia de investigación acción participativa con niñas y adolescentes

GABRIELA SÁNCHEZ LÓPEZ

Resumen: este capítulo propone una reflexión situada sobre el acompañamiento a procesos colectivos de niñas y adolescentes sobrevivientes de violencias feminicidas, desde el marco de la investigación acción participativa (IAP). De acuerdo con la propuesta de Yásnaya Elena A. Gil (2020) sobre lo minúsculo como fuerza organizativa que resiste a las macroestructuras del poder, el texto plantea que estas prácticas, aunque poco visibles o medibles, sostienen formas vitales de incidencia social. A partir de la experiencia con el grupo Nosotras Sobrevivientes, que culminó en una exposición artística, se exploran las tensiones entre estas formas de elaboración de saber y los marcos hegemónicos de legitimidad académica. El capítulo sostiene que la incidencia social no se decreta ni se mide, sino que se gesta en el vínculo, los cuidados, la afectividad y el tiempo otro que cada proceso necesita. Por último, se reivindica la necesidad de seguir abriendo espacios en donde lo minúsculo tenga lugar.

Palabras clave: IAP, estructuras minúsculas, incidencia social situada, violencias feminicidas, afectividad y cuidado colectivo.

Abstract: this chapter proposes a situated reflection about accompanying collective processes for young girls and teenagers who have survived incidents of femicide violence, within the framework of participatory action research (PAR). Following Yásnaya Elena A. Gil's proposal (2020) regarding the miniscule as an organizing force that resists power macrostructures, the text asserts that these practices, though unnoticed and difficult to measure, help to sustain vital forms of social impact. Taking the experience with the group Nosotras Sobrevivientes (We Survivors) as its basis, the chapter explores the tensions between these ways of building know-how and the hegemonic frameworks of academic legitimacy, and contends that social impact is neither decreed nor measured; instead, it is nurtured in relationships, caregiving, affectivity, and the time that each process requires. Finally, the chapter advocates opening up more spaces where the miniscule can unfold and bear fruit.

Key words: PAR, miniscule structures, situated social impact, femicide violence, affectivity and collective caregiving.

La planta más resistente del mundo es la saxífraga púrpura. Tiene unas flores de aspecto delicado, con unos pétalos de color púrpura que parece que el viento fuera a llevarse en cualquier momento. Sin embargo, crece en el Ártico. Las flores sobreviven agrupándose muy cerca del suelo para ofrecer unas a otras cobijo, contra las condiciones más duras de la tierra.

M. HAIG

Lo minúsculo, desde su raíz etimológica *minusculus*, remite a lo pequeño, lo casi imperceptible dentro de un sistema mayor. Su vínculo con el verbo *minuo* —que en latín alude tanto a lo menor como al acto de disminuir— revela una doble dimensión: por un lado, aquello que es

pequeño en sí mismo; por otro, lo que ha sido reducido por fuerzas externas. Esta doble condición expone la tensión entre ser y devenir minúsculo, lo que muestra que lo menor no es solo una característica, sino también la huella de procesos que buscan restarle espacio, voz o reconocimiento, sin lograr borrarlo por completo.

Sin embargo, en su aparente insignificancia, lo diminuto configura los cimientos de la vida y lo que perdura. Así lo plantea Yásnaya Elena A. Gil en su ensayo *Estructuras minúsculas* (2020), en donde retoma la figura del virus para mostrar cómo lo pequeño no solo desestabiliza las grandes estructuras, sino que representa aquello que estas han intentado erradicar sin lograrlo.

De acuerdo con el planteamiento de Yásnaya Elena A. Gil (2020), aunque las macroestructuras como el estado y el capitalismo han sido presentadas como imprescindibles e inamovibles, en realidad han coexistido con estructuras minúsculas que, lejos de desaparecer, han resistido y hecho posible la continuidad de la vida. A pesar de la violencia del colonialismo, el estado-nación y el capitalismo, estas formas organizativas sostienen comunidades, defienden territorios y gestionan lo común sin recurrir a un poder centralizado. Mientras las macroestructuras han impuesto control y muerte, las estructuras minúsculas —tejidas en lo cotidiano a través del cuidado, los vínculos y la autogestión— abren grietas en lo establecido. No son grandes aparatos, sino prácticas colectivas, asambleísticas, que se construyen desde el encuentro, la escucha y la toma de decisiones compartida. Desafían la lógica vertical del poder con formas horizontales de organización, ensayando otros modos de habitar el mundo.

En este capítulo, retomo la propuesta de Yásnaya Elena A. Gil (2020) sobre las estructuras minúsculas para pensar cómo se sostiene la vida al margen de las macroestructuras del estado. Comparto aquí algunas reflexiones que emergen de una investigación acción participativa (IAP) con un grupo de 15 niñas y adolescentes que conocimos en centros de asistencia social privados en 2023.¹ A lo largo del proceso, el grupo, autodenominado Nosotras Sobrevivientes, utilizó el proyecto para elaborar su experiencia como supervivientes de un *continuum* de violencias feminicidas, dando forma a un espacio de resistencia y expresión colectiva que culminó en una exposición en una galería de arte en septiembre de 2024 (Brieseño, 2024). Este proceso coincidió con mi participación en el Colaboratorio de Análisis y Transformación Social (CATS), y las discusiones vivas que ahí sostuvimos nutren algunas de las ideas que aquí desarrollo, las cuales orbitan en torno a la incidencia social.

En las páginas que siguen, propongo una reflexión sobre lo que implica acompañar una IAP sostenida por estructuras minúsculas, en tensión con marcos académicos hegemónicos que privilegian lo visible o evidenciable, lo replicable y lo medible. A partir del caso de Nosotras Sobrevivientes, analizo cómo, en contextos de violencia y abandono, se tejieron formas de cuidado y acción colectiva que, aunque difíciles de registrar, dejaron huellas significativas. Exploro también los límites de los marcos académicos hegemónicos para reconocer estas prácticas, y cierro con una reflexión sobre la urgencia de ampliar los criterios con que valoramos los saberes situados contruidos mediante la afectividad y los cuidados.

1. Un centro de asistencia social (CAS) es una institución que brinda residencia temporal a niñas, niños y adolescentes separados de sus familias por situaciones como violencia, abandono o negligencia. Estos centros forman parte del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF). En el caso de los CAS privados, suelen convivir en ellos tanto niñas y adolescentes que son pupilas del sistema DIF, como otras que han sido ingresadas directamente por sus familias.

PENSAR LA INCIDENCIA DESDE LO VIVIDO: DISPUTAS, TENSIONES Y BÚSQUEDAS COMPARTIDAS

La incidencia social es un concepto que se resiste a ser definido. No hay muchas definiciones formales ni una construcción teórica consolidada; más bien, se trata de una noción que circula con fuerza en ciertos espacios —como las universidades jesuitas— en donde suele emplearse como categoría operativa e inspiracional, vinculada a proyectos o estrategias institucionales. Aunque en algunos espacios puede haber debates al respecto, no parece tratarse de una discusión muy sistematizada o compartida de forma pública.

Entre los esfuerzos por delinear sus alcances, el trabajo de Sandoval y Capera (2021) ofrece algunas claves relevantes. Proponen entender la incidencia social como un proceso colectivo orientado a transformar realidades sociales, políticas y territoriales desde lo común, mediante la participación activa, el fortalecimiento de redes y la creación de narrativas propias. Se trata de una apuesta por transformaciones de largo aliento que disputan el sentido mismo de lo político.

Cuando se busca información sobre incidencia social, lo que suele aparecer primero es la noción más extendida de impacto social, entendida de manera común como la medición de los efectos que ciertas políticas, decisiones o innovaciones generan en la sociedad en su conjunto (Libera, 2007). Esta concepción, anclada a la idea de desarrollo, privilegia las transformaciones y los logros visibles, demostrables y cuantificables (Albornoz, Estébanez y Alfaraz, 2005; Flecha García, 2018) y deja fuera otras formas de acción menos evidentes, pero por igual significativas. Incluso, cuando incorpora la participación comunitaria —en la identificación de problemas o en la sostenibilidad de proyectos—, lo hace desde una lógica externa orientada a la rendición de cuentas ante instancias institucionales, muchas veces de escala global (Morstadt y Bello, 2018; Kvam, 2018).

Frente a esta mirada, propongo recuperar un sentido más situado y relacional de la incidencia social. Para atender a sus manifestaciones en lo cotidiano y lo no institucionalizado —esas prácticas que ocurren al margen de los dispositivos de visibilidad—, en este texto nombro esa potencia como lo minúsculo: formas de afectividad, sostén, cuidado y acción colectiva que hacen posible la vida en contextos de violencia y exclusión.

Esta búsqueda no fue individual. Desde 2022, en el marco de una línea de trabajo impulsada por nuestro departamento, un grupo de académicas y académicos vinculados al CATS comenzamos a reunirnos para preguntarnos, precisamente, qué entendemos por incidencia social. Las discusiones abarcaron distintos ámbitos de nuestra práctica: la docencia, los proyectos de intervención escolar, el diseño curricular y la investigación. En mi caso, fue esta última dimensión la que me permitió entrelazar las preguntas colectivas con mis propias inquietudes desde la IAP.

Hablar de incidencia social nos colocó, desde el inicio, en una zona de ambigüedad productiva. En lo personal, sentía que transitaba un terreno donde el lenguaje no me pertenecía del todo, como si intentara darle sentido a una categoría que llegaba ya cargada desde fuera. No es casual que el verbo incidir, en su raíz latina (*incidere*) signifique “cortar hacia dentro”: una acción que puede abrir posibilidades, pero también delimitar sentidos desde afuera.

Tal vez por eso mismo decidimos no apresurarnos a definirla y, en mi caso, habitar esa incomodidad inicial como parte del proceso. Fue en ese transitar compartido —entre la extrañeza y la necesidad de apropiación— que comenzamos a preguntarnos no tanto qué es

la incidencia social, sino qué formas toma cuando emerge desde nuestras propias prácticas, nuestros vínculos y territorios.

El espacio de encuentro que sostuvimos en el CATS fue clave en ese tránsito. El hecho mismo de que se nos haya convocado a pensar de forma colectiva en torno a esta noción también puede leerse como una invitación a disputarla, tensionarla y hacerla nuestra. Con el tiempo, tras varios encuentros, acordamos no centrarnos en definir la incidencia social, sino en caracterizarla a partir de lo vivido. Así, comenzamos a hablar de procesos colectivos marcados por la elaboración de experiencias y la regeneración del tejido social, sostenidos en la vincularidad, el aprendizaje compartido, el gozo y la autonomía para la acción. Reconocimos la incidencia como una práctica relacional y afectiva, orientada por la escucha, el cuidado y la construcción de redes ético-políticas (CATS, 2022).

Comprendí que el concepto de incidencia, lejos de estar cerrado, se revela como una noción en construcción: viva, ambigua, inestable. No es un término que nos pertenezca de entrada, pero, justo por eso, exige trabajo, debate y elaboración situada. En ese proceso de búsqueda y problematización, resuena una preocupación genuina que atraviesa el pensar en la incidencia social: ¿qué acciones o huellas vamos dejando al andar junto a otras y otros?²

Sin embargo, esta forma de comprender la incidencia pronto se enfrentó a las exigencias de legitimidad propias del campo académico. Sabíamos —porque lo vivimos— que en este entorno se privilegia la evidencia objetiva, los resultados medibles y las demostraciones de eficacia. Como herencia de la idea de impacto social, se considera valioso aquello que puede verificarse, replicarse, escalarse y traducirse en productos concretos, como publicaciones o narrativas de éxito alineadas con los estándares institucionales de evaluación. Estas formas de validación se imponen como horizonte de lo legítimo. Lo que escapa a esos criterios —lo informal, lo no cuantificable— queda desplazado con facilidad, junto con las dimensiones subjetivas y los cuidados que sostienen los procesos: los afectos, los vínculos, las dudas, el desgaste, el tiempo no productivo, la escucha y los ritmos compartidos.

Tal vez por eso pasamos tanto tiempo discutiendo cómo defender una forma distinta de valorar lo que hacíamos. Pero eso no significa que nuestras prácticas encarnaran siempre la noción de incidencia que buscábamos construir, ni que habitáramos sin fisuras esa forma de acciones o huellas que anhelábamos. Más bien, nos movíamos —y aún lo hacemos— en una tensión constante entre lo que queremos sostener y lo que las estructuras nos exigen. Habitamos entre esa fricción, tratando de abrir resquicios donde lo significativo no se pierda. Lo hacemos como podemos, al rescatar gestos, espacios, tiempo, decisiones colectivas que tal vez no cuentan en los marcos convencionales, pero que sí importan para quienes los vivimos.

Es en ese movimiento —entre lo que intentamos sostener y lo que nos atraviesa— donde se vuelven visibles ciertas fuerzas estructurantes que moldean lo que se considera válido hacer, decir y reconocer dentro de los marcos de la investigación. Me refiero a epistemologías que definen qué cuenta como conocimiento legítimo, muchas veces guiadas por una lógica colonial que entiende el saber como algo que debe producirse, controlarse y evaluarse desde ciertos parámetros y solo por ciertos sujetos. Esta mirada niega que el conocimiento

2. En la propuesta de Ortiz y Arias (2019), las *acciones* y *huellas* no remiten a intervenciones planificadas ni a resultados medibles, sino a gestos situados que interpelan las formas hegemónicas de producir conocimiento. Acciones como *contemplar comunal*, *conversar alternativo* y *reflexionar configurativo* permiten observar, dialogar y pensar desde la experiencia compartida, generando marcas —huellas— que no siempre son visibles, pero que configuran otros modos de estar, saber y transformar. Estas huellas no son evidencias en el sentido clásico, sino trazos de una práctica viva que desobedece la lógica moderna/colonial de la investigación y sus formas institucionalizadas de validación.

ya existe en las comunidades, los grupos y las personas, en sus prácticas cotidianas, formas de vida, y que puede potenciarse a través de la intersubjetividad (Ortiz y Arias, 2019). Estas estructuras no solo condicionan lo que se valida desde fuera, sino que también operan —a menudo sin que las nombremos— en nuestras propias formas de investigar, sobre todo cuando aspiramos a seguir habitando y siendo validadas en espacios académicos que las presentan como indispensables.

En medio de esas tensiones, fue tomando forma otra manera de imaginar la incidencia social: no como una intervención de “cortar hacia dentro”, sino como el acompañamiento cuidadoso de procesos que ya están en marcha, aunque no siempre sean palpables ni fáciles de nombrar. En esas búsquedas, lo minúsculo —eso que a menudo queda fuera de los marcos de validación— se reveló como una fuerza sostenedora, donde los afectos, los cuidados y las decisiones colectivas no solo acompañan la producción de conocimiento, sino que la hacen posible. A continuación, me detengo en una de esas experiencias, en donde esa potencia se volvió motor de acción y elaboración compartida frente a las violencias feminicidas.

NOSOTRAS SOBREVIVIENTES: LO MINÚSCULO COMO LUGAR DE ASOMBRO Y ESPERANZA

La violencia produce silencios. Crea lugares solitarios cuya oscuridad invisibiliza vidas y experiencias. Los daños sufridos adormecen nuestra capacidad para sentir y para nombrar lo que nos duele. Nosotras hemos encontrado en esta exposición la posibilidad de entre/tenernos desde la imaginación, nos hemos propuesto movilizar emociones para responder al dolor, la impunidad y la normalización de las violencias que hemos vivido, invitándoles a sentir. Confabulamos para acompañarnos con cariño en una sociedad que nos aísla. Juntas, hemos encontrado formas creativas de iluminarnos en la oscuridad y de hacer música, incluso en el silencio. Nosotras nos hemos transformado como mariposas y hemos emprendido un vuelo vital para sostener la vida juntas.

TEXTO DE SALA DE LA EXPOSICIÓN NOSOTRAS SOBREVIVIENTES: SOSTENER LA VIDA JUNTAS

El proceso que aquí comparto tuvo lugar a inicios de 2023, en el marco de una IAP con un grupo de 15 niñas y adolescentes que conocimos en centros de asistencia social privados de la zona metropolitana de Guadalajara. Algunas habían sido ingresadas como pupilas del DIF y otras directamente por sus familias, y todas presentaban condiciones que afectaban su salud mental por motivos vinculados a las violencias vividas. Sin ser el centro de este capítulo, vale la pena señalar que uno de los hallazgos fue confirmar la existencia de un *continuum* de violencias feminicidas —entendido como la acumulación y persistencia de múltiples formas de violencia física, sexual, emocional, simbólica que no operan como hechos aislados, sino que se entrelazan y escalan a lo largo del tiempo—. Estas violencias se reproducen en contextos de impunidad y precariedad, donde la vida de las niñas y adolescentes pierde valor y se vuelve fácilmente descartable (Sánchez et al., 2025).

En el caso de las niñas y jóvenes, la violencia no necesariamente cesaba dentro de los centros. En algunos casos, se transformaba en formas de descuido institucional que afectaban su bienestar emocional. Esto podía reflejarse en la dificultad para establecer vínculos significativos, en dinámicas adultocéntricas que limitaban su autonomía y en interpretaciones que tendían a patologizar sus emociones. A esto se sumaban prácticas de control que, si bien respondían a ciertos protocolos, a veces restringían la posibilidad de crear lazos afectivos entre pares o expresar con libertad aquello que les preocupaba o dolía.

Frente a ese régimen de afectos restringidos, que negaba su capacidad de construir lazos significativos, comenzamos a encontrarnos en un espacio colectivo que poco a poco fue abriéndose a otras formas de relación. Lo que en un principio fue planteado como un proceso de acompañamiento e IAP, se transformó en una experiencia sostenida por pequeñas prácticas de cuidado, juego y creación.

En ese proceso, ellas eligieron nombrarse Nosotras Sobrevivientes, un gesto potente de afirmación que se distancia de la etiqueta de “víctimas” y reivindica su capacidad de resistir, narrarse a sí mismas y reconstruir comunidad desde lo que duele, pero también desde el asombro y la esperanza (Ahmed, 2015). En su propio proceso de reflexión, se dieron cuenta de que muchas de las violencias que habían vivido no eran casos aislados, sino experiencias compartidas. Reconocieron la gravedad de lo que les había pasado y les pasa, y la impunidad dominante. Por eso, decidieron colectivizar sus experiencias a través del arte, con la intención de que otros pudieran ver y sentir lo que desde su perspectiva muchos no querían o no podían ver. Su objetivo no era solo expresarse, sino hacer de sus palabras una forma de incidir: prevenir y generar conciencia sobre los suicidios y feminicidios que viven niñas y adolescentes, y contribuir a mejorar las condiciones de vida de otras niñas institucionalizadas. Querían que lo que aprendieron a nombrar juntas llegara a más personas, no solo para ser escuchadas, sino para que algo cambie.

El proceso, más que una serie de talleres,³ tomó forma de espacios asambleísticos orientados a compartir, decidir y crear en colectivo. El procedimiento general de la IAP incluyó entrevistas biográficas, dinámicas participativas, jornadas de producción de fotografía y audiovisual, así como espacios asambleísticos orientados a compartir, decidir y crear en colectivo. Fue un proceso metodológico riguroso, pero profundamente situado y afectivo, en el que los cuidados no fueron añadidos sino el centro mismo desde el cual se sostuvo el trabajo.

La apuesta por el arte como lenguaje surgió de ellas mismas: un lenguaje cargado de emotividad, que permitiera no solo comunicar ideas, sino provocar sensaciones y convocar afectos. Querían que los otros “sintieran” a través de su obra. En septiembre de 2024, lo producido se compartió de manera pública en una exposición que reunió sus textos, fotografías, videos, audios y otro tipo de huellas del proceso compartido. Pero la exposición fue solo el cierre visible de un proceso largo, íntimo y colectivo para celebrar la vida.

A lo largo de esta IAP, cuidar no fue una actitud añadida al trabajo investigativo, sino la única forma ética y política de sostener la producción colectiva de sentido. Cuidar significó escuchar sin presionar, respetar los silencios, permitir el descanso, ofrecer tiempo y presencia para tejer la confianza, reconocer los límites de cada una y construir juntas modos posibles de estar en relación. Pero esos intentos no estuvieron exentos de tensiones: convivir con el dolor, los desacuerdos, las diferencias de ritmo o el cansancio también puso a prueba nuestra forma de sostenernos en colectivo.

Los resultados no fueron valiosos por su acabado técnico ni su potencial de difusión, sino por ser expresión directa de los vínculos construidos durante el proceso. Cada pieza creada —un texto, una imagen, una canción, una intervención visual— no puede separarse de la trama relacional que lo hizo posible.

3. Aunque realizamos algunos talleres centrados en técnicas de producción audiovisual y musical, así como en principios básicos de curaduría, este último con el propósito de tener una base técnica común para trabajar de forma colectiva en la construcción de la exposición.

Más allá de los productos generados, el proceso mismo —el cómo— fue una fuente central de conocimiento. En el transcurrir colectivo de esta IAP, el asombro y la esperanza emergieron como dimensiones clave para pensar el aprendizaje y la transformación. Siguiendo a Sara Ahmed (2015), el asombro puede entenderse como una emoción crítica que interrumpe lo dado, que permite mirar de nuevo aquello que parecía natural o inevitable. En nuestro caso, ese asombro permitió a las niñas y adolescentes leer sus historias de manera distinta, reconocer que lo vivido no era individual ni aislado, sino estructural y compartido, y con ello abrir otras posibilidades de narrarse y sostenerse.

Junto con el asombro, la esperanza —también en clave de Ahmed (2015)— se vuelve una fuerza vital que mantiene abierta la pregunta por lo posible, aun cuando las condiciones materiales son adversas. No se trata de una esperanza ingenua ni meramente futura, sino de una práctica situada que se enraíza en las experiencias de lucha y afecto. Fue esa esperanza encarnada la que sostuvo el proceso, como una apuesta concreta por imaginar otros mundos y afirmarlos colectivamente, incluso en medio del abandono y el dolor compartido.

Porque, como afirma Butler (2021, p.18), si “la violencia es un ataque contra las personas, pero más fundamentalmente es un ataque contra los vínculos”, entonces cuidar, asombrarse, escuchar y sostenerse juntas se vuelve un gesto profundamente político. En este sentido, la incidencia situada que se gestó en el proceso con Nosotras Sobrevivientes no se propuso transformar las estructuras que sostienen las violencias feminicidas —una tarea inmensa, marcada por su profundidad y complejidad histórica— ni producir impactos medibles o resultados replicables. Su potencia estuvo en otro lado: en preservar, aun en condiciones de despojo, la posibilidad de vincularse. Frente a una pedagogía de la crueldad (Segato, 2018) que insiste en marcar los cuerpos de niñas y adolescentes como descartables, esta experiencia apostó, por el contrario, a sostener la vida en común, restaurar vínculos y reafirmar, desde lo minúsculo, lo que ellas mismas afirman una y otra vez: que sus vidas importan.

EL TIEMPO OTRO Y LO QUE NO SE PUEDE “DEMOSTRAR”

Pensar desde lo minúsculo exige afinar la mirada hacia aquello que, aunque no siempre se ve, sostiene. En esta experiencia, lo invisible tomó la forma de afectos compartidos, confianza construida paso a paso, cuidados cotidianos y vínculos que se tejieron sin hacer ruido, pero con una fuerza profunda. En un contexto en donde todo esto estaba fracturado por las violencias vividas.

A ese sostén silencioso se suma el ritmo, un ritmo otro que no responde a los calendarios institucionales ni a los plazos académicos, sino al tiempo de las personas, del proceso. Hablamos de pausas, silencios, momentos de proximidad intensa y también de alejamiento, porque estar cerca no siempre fue posible ni deseable todo el tiempo. Son prácticas que, por su propia naturaleza, desobedecen la lógica de la productividad y reivindican otra temporalidad, aquella donde lo importante no es avanzar rápido, sino llegar juntas. No se miden por lo que producen, sino por lo que posibilitan.

Si lo que sostuvo el proceso fueron prácticas minúsculas, entonces una pregunta inevitable es: ¿cómo dar cuenta de aquello que no siempre puede demostrarse? ¿cómo registrar las pausas que evitaron desbordes, los gestos silenciosos de cuidado, las sesiones en que solo se escuchó música porque hablar dolía demasiado? ¿cómo narrar el cansancio, las ganas de abandonar, la decisión de seguir a otro ritmo?

En esos momentos no hubo producción visible, pero sí algo crucial: la construcción de un suelo común. Esos fragmentos “improductivos” fueron parte del método, aunque no aparezcan en los cronogramas. En una IAP centrada en entender las violencias feminicidas y acompañar el dolor, cuidar y proteger fue también una forma de elaborar saber: decidir qué cuidar del afuera, sin exponer, qué sí y cómo hacerlo.

Estas formas de cuidado y su densidad afectiva son difíciles de capturar en los formatos académicos. Cuando intentamos nombrarlas, muchas veces se desvanecen. No porque no hayan sido reales, sino porque su fuerza está justo en lo que no puede traducirse del todo: en lo tácito, lo compartido, lo que se intuye más que lo que se dice.

Contar lo que hicimos sin nombrar estos momentos sería falsear la experiencia; pero, intentar narrarlos o dar cuenta de ellos, muchas veces también implica reducirlos. Es una tensión sin salida simple: entre el deseo de que lo vivido no se pierda, y la conciencia de que parte de su potencia está en haber sido eso que no se puede mostrar. Esta imposibilidad de traducir en toda su extensión la experiencia no es un límite técnico, sino una impronta epistemológica del tipo de procesos colectivos que acompañamos, donde las formas, los sentidos y las éticas provienen de la gente con quien colaboramos.

En ese sentido, materializar esta propuesta implicó enfrentar tensiones vinculadas a la legitimidad del conocimiento que se reconoce como colectivo y situado. Estas tensiones no son menores porque cuestionan de manera directa las formas en que se valida el saber dentro de los marcos institucionales, en donde sigue dominando una lógica que desconfía de lo que se construye en relación con otras y desde lo afectivo.

Aunque la IAP es reconocida como un método de investigación, sigue siendo vista con recelo y obligada a adaptarse a estructuras que privilegian el control: rutas predefinidas, productos establecidos de antemano, lenguajes técnicos y autorías individuales con firma académica. Este tipo de exigencias entra en tensión con el conocimiento vivo que emerge en los procesos colaborativos, en los que las certezas se construyen en movimiento, las formas se transforman en función del vínculo, y lo que cuenta no siempre cabe en un informe o una publicación. La experiencia que aquí se narra insistió en sostener esa otra forma de saber: situada, colectiva y profundamente encarnada.

En nuestro caso, una de las tensiones más evidentes fue la forma de transmitir los hallazgos. Aunque la exposición curada junto a Nosotras Sobrevivientes narró con profundidad y cuidado el proceso de la IAP, muchas miradas académicas no la reconocieron como una forma legítima de divulgación de resultados. Sin embargo, esta propuesta no surgió solo del deseo de hacer visible lo vivido, sino del propio proceso de asamblea y de las discusiones colectivas, en las que las adolescentes reflexionaron sobre lo que necesitaba ser dicho y cómo querían decirlo. Partían de la sensación persistente de que sus experiencias se desarrollaban a la vista de todos, pero sin que a nadie le importara. Sospechaban que muchas personas ni siquiera sabían lo que estaba ocurriendo. Su lenguaje afectivo y multimodal, lejos de fortalecer su legitimidad en el campo académico, la debilitaba a ojos de ciertos sectores. No obstante, fue ese lenguaje el que permitió que el mensaje llegara más lejos y tocara a más personas.

Otra fricción importante surgió al intentar registrar la exposición. A pesar del proceso de diálogo que sostuvimos para acordar la autoría colectiva de los productos, estos acuerdos fueron borrados al enfrentarse a formatos legales que solo reconocen autor, editor y productor. Esta imposibilidad de nombrar lo colectivo se replica también en la ficción de la autoría individual que predomina en los espacios académicos, como si incluso los textos producidos a partir de investigaciones tradicionales no estuvieran atravesados por múltiples voces.

En esa misma línea, nos sorprendía también el entusiasmo de quienes proponían replicar la obra con otras “muchachas”, como si se tratara de una metodología transferible entre contextos. Esa mirada, aunque bien intencionada, reproduce una lógica instrumental que despoja a la experiencia de su dimensión situada. Lo que ocurrió no fue un modelo, sino una construcción colectiva que solo fue posible por las condiciones singulares del proceso, los vínculos, los tiempos y las historias que lo sostuvieron. Pretender repetirlo sin reconocer todo eso implica caer en una lógica de reproducción vacía, donde lo metodológico se separa de manera artificial de lo relacional.

Un día, al conversar con otras académicas que también trabajan con niñas, niños y adolescentes atravesados por violencias, hablábamos de lo mismo, aunque desde otro ángulo: de cómo cuesta encontrar espacios donde otras formas de hacer —más lentas, más afectivas— tengan lugar. Ese día nos topamos con una convocatoria para publicar en una revista que pedía como requisito que la investigación no tuviera más de dos años de iniciada. Nos reímos con resignación. Sabíamos que esos tiempos no son los nuestros, ni los de las comunidades y los grupos con los que trabajamos. En nuestro proceso, por ejemplo, comenzamos con entrevistas biográficas, pero fue hasta después de dos años de relación que comenzaron a nombrar lo que antes apenas se insinuaba en los silencios. Aprendimos que nada profundo se dice al principio. Las primeras entrevistas sirvieron para encontrarnos, pero fue solo con el paso del tiempo —años, no meses— que lo innombrable empezó a tomar forma. La confianza no obedece al ritmo de los cronogramas, sino al de los vínculos.

Estas tensiones no son solo legales o institucionales, sino también profundamente epistemológicas. Las formas de producción que no se ajustan a los esquemas convencionales —como los lenguajes visuales, afectivos o performativos— siguen sin ser del todo reconocidas como aportes válidos. Además, los textos que emergen de estos procesos se enfrentan a estructuras editoriales rígidas que exigen resultados, discusión y conclusiones, sin espacio para el ritmo propio de lo colectivo, ni para los saberes que no buscan cerrar sino sostener preguntas. Así, lo que no encaja con esa gramática epistémica es desechado o subvalorado, y junto con ello, las voces, preocupaciones y formas de narrar de quienes no habitan el mundo académico.

En medio de esas tensiones, escribir también fue parte del proceso. Acompañar estos recorridos implica una carga emocional importante: sostener la escucha, lidiar con el dolor, respetar los silencios y, al mismo tiempo, responder a las exigencias institucionales que piden resultados visibles y ritmos de producción que no siempre se corresponden con los tiempos otros. Por eso, esta escritura tomó más tiempo del esperado. No por desorganización ni falta de compromiso, sino porque lo vivido necesitaba ser digerido, pausado, elaborado con cuidado. Esta vez transité sola ese tramo, y por eso es mi voz la que predomina aquí, no la voz colectiva. Y esa voz en singular, tejida desde el vínculo, también forma parte del nosotras; también importa.

Después de tanta conversación, escucha y trabajo compartido, sentí la necesidad de tomar distancia, de procesar desde otro lugar, sin el “nosotras” tan presente en otros momentos. Como dijo alguna vez Santiago Bastos (2020) —en una de esas tantas conferencias virtuales durante la pandemia que son imposibles de referenciar—, en los procesos colaborativos no todo puede (ni debe) ser colaborativo. En ese interludio pasaron cosas importantes: pude revisar lo que no supimos nombrar, lo que quedó suspendido, las despedidas y los momentos en que algunas fueron arrastradas por situaciones personales que les impidieron seguir. Hubo decisiones que no alcanzamos a tomar juntas, vínculos que se tensaron, silencios que no supimos cómo escuchar. Pero también hubo hallazgos: intuiciones que solo aparecen

cuando una se detiene, imágenes y lecturas que regresan con otro sentido, y una certeza que fue creciendo con el tiempo: que incluso cuando no estamos en colectividad, lo colectivo nos habita; nos sigue preguntando, nos acompaña en la escritura.

Ese tiempo de pausa también me permitió mirar con otros ojos lo que hicimos visible y lo que quedó por fuera. Incluso en la exposición final, muchas de esas formas que aquí he intentado poner en palabras quedaron invisibilizadas: lo que mostramos fue el resultado ya pulido, listo para ser comunicado, pero no todo lo que lo hizo posible. Lo verdaderamente sustancial —eso que nos sostuvo, que nos conmovió, que nos transformó— apenas si pudo ser nombrado.

Tal vez por eso no se trate de traducirlo todo ni de hacer que encaje, sino de afirmar que hubo algo que solo pudo ser vivido así: en los márgenes, en lo lento, en lo que no se dijo a tiempo, pero sí a su tiempo. Lo que aprendimos no siempre puede narrarse, pero transformó nuestra forma de estar, de vincularnos, de investigar. Si no aparece como resultado, es porque fue, sobre todo, relación. Y eso, aunque no se mida, también cuenta.

REFLEXIONES FINALES: DEFENDER LO MINÚSCULO COMO FORMA DE INCIDIR

Lo minúsculo no es una categoría menor ni un recurso narrativo. Es una práctica situada que interpela las lógicas productivistas y los marcos epistemológicos dominantes, y afirma que el conocimiento también se gesta en los vínculos, el afecto y los cuidados. Frente a la escala macro, que privilegia lo mensurable, replicable y verificable, lo minúsculo insiste en los gestos silenciosos, en la escucha sostenida y el tiempo no lineal.

Desde esa lógica otra, la incidencia no se decreta, es una huella / acción que se afina en la conversación y se cultiva desde el respeto, la inspiración mutua y la potencia de lo común.

Defender estos espacios —asambleísticos, afectivos, lentos, profundamente relacionales— es también disputar los modos en que se define la legitimidad del conocimiento. No buscamos adaptar lo vivido a los formatos institucionales, sino ampliar los marcos desde los que se reconoce lo valioso. Sustener estructuras minúsculas en contextos de violencia es una práctica política que afirma que otros modos de hacer, decir y vincularnos no solo son posibles, sino urgentes.

Pero sostenerlos no es sencillo. Implica nadar contra corrientes que exigen immediatez, certezas, resultados visibles. En ese contexto, la esperanza —más que un estado de ánimo— se vuelve un recurso crítico indispensable. Como plantea Sara Ahmed (2015), aprender a tener esperanza no significa aferrarse a la idea de que todo mejorará, sino rechazar la noción de que lo que existe es todo lo que puede ser. La esperanza, dice, no es un gesto individual, sino una herramienta colectiva que se cultiva en los vínculos. Se gesta ahí donde se interrumpe la urgencia, donde se cuida lo común, donde se insiste en sostener incluso cuando no hay garantías.

Por eso, urge llevar esta forma de esperanza —como proceso que desarma la fatalidad— a los espacios donde formamos a quienes investigan. No para enseñar a “tener fe”, sino para sostener el trabajo de preguntar, acompañar, de no rendirse frente a las estructuras que normalizan el despojo, siendo una de estas la academia misma. Aprender a hacer esperanza es también una condición para imaginar y construir una academia otra: una que no solo produzca evidencia, sino que sepa sostener preguntas que importan; una que no niegue la afectividad, el desgaste ni el deseo de transformar; una que no tenga miedo de lo que no puede demostrar de formas tradicionales.

Este texto parte de una experiencia situada. No pretende generalizar ni desconocer los esfuerzos que han hecho posible otras formas de hacer dentro de la academia. Nombrar tensiones no significa borrar vínculos, logros y aperturas que, incluso en medio de estructuras rígidas, han permitido sostener procesos como este. La crítica busca, precisamente, cuidar esos espacios, no deslegitimarlos. Ninguna experiencia es del todo generalizable, y tampoco las instituciones son homogéneas: reconocer las contradicciones es también reconocer las condiciones que hicieron posible caminar de otros modos en la universidad.

Algo similar ocurre más allá de la academia. Al interior de eso que llamamos estado, también existen funcionarias y funcionarios que creen en la fuerza de lo minúsculo y que, desde ahí, inciden. En medio de estructuras pesadas y jerárquicas, habilitan grietas, acompañan procesos y sostienen prácticas que hacen posible otros modos de relación. Reconocer estas apuestas resulta fundamental, pues muestran que, incluso dentro de instituciones atravesadas por contradicciones, hay quienes trabajan desde los márgenes para abrir posibilidades distintas.

En ese sentido, es indispensable seguir pensando en la incidencia social no como un concepto, sino como una práctica situada y abierta. Una práctica que, al resistirse a ser definida, mantiene vivas las posibilidades y el diálogo.

Solo así es posible continuar creando espacios donde lo pequeño tenga lugar, como el Colaboratorio y tantos otros que apuestan por formas distintas de hacer, pensar y vincularse. En donde, como la saxífraga, lo que florece cerca del suelo se agrupa para ofrecerse cobijo. En donde una pueda recordar quién es y reconocerse de nuevo, incluso en el lugar que habitamos como académicas, porque en este camino es fácil perder el sentido de lo que importa.

Como dijo una de las adolescentes: “Cuando quiero recordar quién soy, veo la exposición y vuelvo a verme”. Esa posibilidad de volver a nosotras mismas, sostenidas por lo colectivo, es también una forma de sostener la esperanza: no como consuelo, sino como herramienta política.

Nosotras Sobrevivientes es una afirmación colectiva: las vidas de las niñas y adolescentes importan. La potencia política de lo minúsculo está en su capacidad para sostener la vida cuando todo alrededor insiste en negarla. Como dice Isael Zapata —y retoma Yásnaya Elena Gil (2020)—, lo minúsculo siempre se resiste. Esa resistencia cotidiana interpela también a la academia. Necesitamos abrir más espacios para estos procesos, reconocer su legitimidad y formar nuevas generaciones capaces de acompañar, con rigor y cuidado, aquello que no siempre se ve, pero sostiene los procesos.

REFERENCIAS

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM.
- Albornoz, M., Estébanez, M.E., y Alfaraz, C. (2005). Alcances y limitaciones de la noción de impacto social de la ciencia y la tecnología. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 2(4), 73-95. https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-00132005000100005&lng=es&tlng=es
- Briseño, V. (2024, septiembre 29). Nosotras Sobrevivientes: un grito de resistencia a través del arte. *ZonaDocs*. <https://zonadocs.mx/2024/09/28/nosotras-sobrevivientes-un-grito-de-resistencia-a-traves-del-arte/>
- Butler, J. (2021). *La fuerza de la no violencia*. Trad. Marcos Mayer. Paidós.
- CATS. (2022). Trayectorias de incidencia. Cuadernillo de trabajo. [Documento interno]. ITESO.

- Flecha García, R. (2018). Evaluación del impacto social de la investigación. *Revista de Fomento Social*, 73(3-4), 485-502.
- Gil, Y.E.A. (2020, abril 5). Estructuras minúsculas. *El País*. https://elpais.com/elpais/2020/04/05/opinion/1586098560_484155.html
- Kvam, R. (2018). *Evaluación del impacto social: integrando los aspectos sociales en los proyectos de desarrollo* (No. 613). BID.
- Libera Bonilla, B.E. (2007). Impacto, impacto social y evaluación del impacto. *Acimed*, 15(3). http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1024-94352007000300008&lng=es&tlng=es
- Morstadt, J.D.C., y Bello Vélez, M.I. (2018). Indicadores de impacto social para evaluación de proyectos de vinculación con la colectividad. *Económicas CUC*, 39(1), 105-116. <https://doi.org/10.17981/econcuc.39.1.2018.07>
- Ortiz Ocaña, A., y Arias López, M.I. (2019). Hacer decolonial: desobedecer a la metodología de investigación. *Hallazgos*, 16(31), 1-20. <https://doi.org/10.15332/s1794-3841.2019.0031.06>
- Sánchez López, G., Sandoval Zapata, R.E., Mir Trejo, M., Skinfield Vértiz, A.C., Téllez Flores, M.A., y Rojas Medina, M.M. (2025). “Nos violan y nos matan”: violencias feminicidas y abandono institucional en la experiencia de niñas y adolescentes en centros de asistencia social en Jalisco, México. *Salud Colectiva*, 21, e5334. <https://doi.org/10.18294/sc.2025.5334>
- Sandoval Forero, E.A., y Capera Figueroa, J.J. (2021). Una mirada crítica sobre la incidencia social y territorial: los procesos interculturales de innovación popular. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 26(95), 85-96. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27968419006>
- Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros.